

pretendida
Mision ex-
extraordina-
ria.

Epist. ad fal-
so nominat.
ordin. Epis-
cop. tit. 2.
fol. 505.

qual en una carta que escribió á los Obispos que se llamaban, decia él, falsamente assi. Tomó el título de Ecclesiastés, ó Predicador de Vitemberga, que nadie le habia dado. Y tampoco dixo otra cosa, sino que él se lo habia dado á sí mismo: Añadiendo, que tantas Bulas, tantas excomuniones, tantas condenaciones del Papa, y del Emperador, le habian quitado todos sus antiguos títulos, y habian borrado en él el carácter de la bestia: y que sin embargo no podia él quedar sin título, por lo qual se daba este por señal del Ministerio á que habia sido llamado de Dios, y que lo habia recibido, no de los hombres, ni por el hombre, sino por el don de Dios, y de la revelacion de Jesu-Christo. Vedle ahí pues llamado con el mismo título que San Pablo, tan inmediata, y extraordinariamente. Sobre este falsissimo fundamento se califica en la cabeza, y en todo el cuerpo de la carta assi: *Martin Lutero, por la gracia de Dios, Ecclesiastés de Vitemberga, y lo manifiesta á los Obispos, para que de ello no pretendan causa de ignorancia, que aquella era su nueva calidad, que él se da á sí mismo con un grandissimo desprecio de ellos, y de Satanás, que por la misma razon pudiera llamarse Evangelista por la gracia de Dios: y que certissimamente Jesu-Christo le llamaba assi; y le tenia por Ecclesiastés.*

En virtud de esta pretendida celestial Mission, lo hacia todo en la Iglesia, predicaba, visitaba, corrégia, quitaba algunas ceremonias, dexaba otras, instituia, y destituia, ó por mejor decir, destruía. Y aunque no era mas que un simple Sacerdote, tuvo la horrible ossadía, no digo solo de hacer otro Sacerdote, (lo qual solo hubiera sido un inaudito atrevido en toda la Iglesia desde el principio del Christianismo) sino lo que es aun mucho mas inaudito, fue que tuvo el atrevimiento de crear un Obispo. De suerte, que se juzgó a proposito entre los de su Partido el procurar por violencia el Obispado de Naumburgo: y assi pasó Lutero á esta expressada Ciudad, en la

Sleid. 14.
220.

la qual por una nueva consagracion creó para Obispo á Nicolás Amsdorf, á quien ya habia ordenado por Ministro y Pastor, ó Prelado de Magdebourg. Pues no le hizo Obispo en el sentido, que él llama algunas veces con este nombre á todos los Prelados, ó Pastores, porque Amsdorf se hallaba ya establecido por tal Pastor: hizole Obispo con todas las prerrogativas annexas á este nombre sagrado, y le dió el carácter superior, que el mismo Lutero no tenia. Pero esto se fundaria en que todo estaba comprehendido en su extraordinaria vocacion, y en que finalmente, un Evangelista, enviado inmediatamente de Dios, como un nuevo Pablo, lo puede todo en la Iglesia: assi pensaba este fanático.

Estos procedimientos, y empresas de tanto atrevimiento, y profanacion, son reputadas por nada en la nueva Reforma, yo lo sé muy bien. Estas vocaciones, y Misiones tan veneradas en todos los siglos, ya se vé, que segun los nuevos Doctores, á lo mas no son otra cosa, que formalidades, y es necesario reducirse á la substancia de ellas. Pero estas formalidades, siendo establecidas por Dios, conservan la substancia en sí mismas: de manera que son formalidades, si se quiere, en el mismo sentido, y concepto que los Sacramentos lo son tambien: formalidades divinas, que son el sello de la promessa, é instrumentos de la gracia. La vocacion, la mission, la sucesion, y la legitima ordenacion, son formalidades en el mismo sentido. Y con estas santas formalidades sella Dios la promessa que hizo, y la continúa á su Iglesia, de conservarla eternamente, pues dixo: *Id, enseñad, bautizad, y mirad que yo estoy con vosotros hasta la consumacion de los siglos.* Estoy con vosotros enseñando, y bautizando: Estoy, no solo con vosotros, que estais presentes, y sois elegidos por mí inmediatamente, si que tambien estoy con vosotros en persona de aquellos, que eternamente os serán substituidos por mí

XXVIII.

Razonamiento de Lutero contra los Anabatistas, que predicaban sin Mission, y sin milagros.

mi orden. Y assi, el que menosprecia estas formalidades de legitima, y ordinaria Mission, puede con la misma falsa razon, y motivo, despreciar los Sacramentos, como tambien confundir todo el orden de la Iglesia. Y sin internarme mas en esta materia, no omito decir, que Lutero, el qual se decia enviado con titulo extraordinario, é inmediatamente emanado de Dios, como un Evangelista, y como un Apostol, no podia ignorar, que la vocacion extraordinaria debia ser confirmada con milagros. Pues á la verdad, quando Muncér con sus Anabatistas emprendió hacerse Pastor, ó Prelado, no quiso Lutero se procediesse con este nuevo Doctor á exâminar el assunto, ni que se le recibiesse á probar la verdad de su doctrina por las Santas Escrituras. Y assi, solo ordenó, que se le preguntasse, *quién le habia concedido el oficio de enseñar*; y se precabio, diciendo: *Si él responde que Dios, que lo pruebe con un milagro manifesto, pues por medio de semejantes señales se declara Dios quando quiere mudar alguna cosa en la forma ordinaria de la Mission.* Ya se sabe que Lutero habia sido educado con buenos principios. Assi, no podia dexar de reducirse á ellos de quando en quando. Testigo de esto es el tratado que escribió sobre la autoridad de los Magistrados en el año 1534. Y esta data es digna de consideracion, porque en aquel tiempo, que era quatro años despues de la confession de Augusta, y quince despues de su rompimiento, y desunion de la Santa Iglesia, no se puede decir, que la doctrina Luterana no hubiesse tomado ya su forma; y sin embargo aun decia Lutero en aquel tratado: *Que antes queria que un Luterano se retirasse de una Parroquia, que no introducirse en ella á predicar contra la voluntad de su Pastor: Que el Magistrado no debia permitir juntas secretas, ni que persona alguna predicasse sin legitima vocacion: que si se hubiera reprimido á los Anabatistas desde el punto que esparcieron sus dogmas sin vocacion,*

Steid. l. 5.
Edi. 1555,
69.

In Psalm. 81,
de Magistr.
iii. 3.

se hubieran excusado muchísimos males á la Alemania: que ningun hombre verdaderamente piadoso debe emprender cosa alguna sin vocacion verdadera, lo qual debia ser tan religiosamente observado, que ni aun un Evangelico (que assi llamaba él á sus Discipulos) no debia predicar en una Parroquia de un Papista, ó de un Herege, sin participarlo, y con cierta ciencia de quien era Prelado de ella: lo qual decia, (prosigue) para advertir á los Magistrados, que eviten á ciertos discursistas, si no llevaban buenos, y seguros testimonios de su vocacion de Dios, ó de los hombres: porque de lo contrario no debian ser admitidos, aun quando quisiesen predicar el puro Evangelio, ó fuesen Angeles baxados de el Cielo. En lo qual quiere decir, que no basta el tener la santa doctrina; sino que á mas de esto es necesario una de dos cosas, ó milagros para testificar una extraordinaria vocacion de Dios, ó la autoridad de los Pastores, y Prelados que se huviesen hallado en el cargo de establecer la vocacion ordinaria, y regulada en la debida forma.

Sentadas estas expresiones, es manifesto que conoció muy bien Lutero, que se le podia preguntar, de quien habia tomado él mismo su autoridad: y por esto respondió anticipadamente, que *él era Doctor y Predicador, que no se habia entremetido, ni debia dexar de predicar, una vez que se le habia compelido á practicarlo: Que sobre todo no podia abstenerse de enseñar á su Iglesia: y que en quanto á las demás Iglesias, no hacia otra cosa, que comunicarles sus escritos, lo qual solo era un mero deber de caridad.*

Pero quando hablaba tan audazmente de su Iglesia, era necesario saber quien le habia cometido el cuidado de ella, y como era possible, que la vocacion que habia recibido con dependencia, se hubiesse hecho de improviso independiente de toda la Gerarquía Eclesiastica. Pero sea como fuere, en aquella ocasion estaba él de humor de querer que su vocacion fuesse ordinaria; mas en otras coyun-

XXIX.

Con que milagros pretendia Lutero autorizar su Mision.

turas, quando él conocia mejor la impossibilidad de mantenerse en sus intentos, decia, como hemos visto, que era inmediatamente enviado de Dios, y se alegraba de ser despojado de todos los títulos que habia recibido en la Iglesia Romana, para gozar en adelante de una vocacion tan elevada. En lo demás no le faltaban milagros á su parecer, pues queria se creyese, que el gran progresso de sus predicaciones tubiesse algo de milagro; y quando abandonó enteramente la vida monastica, escribió á su padre, quien al parecer se hallaba algo affigido por su mudanza, diciendole, que Dios le habia sacado de su estado regular con milagros visibles; y assi profiere: *Parece que Satanás habia provisto desde mi infancia, quanto habia de tener algun día, que padecer por mi causa.* Y proseguia diciendo: *¿Es possible que ya sea el unico entre todos los mortales que ahora le acometa? Vos queriais en otro tiempo (prosigue) sacarme del Monasterio. Y Dios me ha sacado de él sin vos. Abi os envío un libro, donde vereis con quantos milagros, y efectos extraordinarios de su poder me ha absuelto de los votos Monasticos. Pero estas virtudes, y estos prodigios se reducian á la osadía, y al inopinado sucesso de su diabólica empresa. Todo esto tenia él por milagro, y sus discipulos ciegame-
tamente estaban persuadidos de lo mismo.*

XXX.

Continuacion de los falsos milagros de que se jactaba Lutero.

Ep. ad Erid.
Sax. Duc apud
Chryl. lib. 10.
p. 247.
Chryl. ibid.

Y aun reputaban por cosa sobrenatural, y de milagro, el que un *hombrezuelo*, ó un *fraylecillo* se hubiesse atrevido á acometer al Papa, y que se hubiesse manifestado intrepido en medio de tan poderosos enemigos. Los Pueblos engañados neciamen-
te, le consideraban como á un Heroe, y como á un hombre divino quando le oian decir, que ninguno pensasse en atemorizarle: que si él se habia ocultado por algun poco tiempo, *sabia bien el Demonio*, (jó que bello testigo!) *que esto no era por temor: que quando en Wormacia habia comparecido en presencia del Emperador, nada habia sido capaz de aterrarle: y que aun*

quan-

quando hubiera estado cierto de encontrar alli tantos diablos prevenidos para despedazarle, como tejas habia en las casas, les hubiera hecho frente con la misma confianza. Estas eran sus ordinarias expresiones, y tenia siempre en la boca al Demonio, y al Papa, como á enemigos que iba él á combatir, persuadido de que les venceria: y sus ilusos discipulos juzgaban hallar en estas brutales necias palabras un *ardimiento divino, un instineto celestial, y un entusiasmo de un corazon inflamado por la gloria del Evangelio.*

Quando algunos de su Partido emprendieron, como veremos bien presto, echar por tierra las Imagenes en Vitemberga, estando él ausente, y sin consultarle, decia Lutero: *Yo no procedo como aquellos nuevos Profetas, que piensan hacer una obra maravillosa, y digna del Espiritu Santo, echando á tierra, y destruyendo estatuas, y pinturas: Por lo que á mi toca todavia no he puesto la mano en la menor piedra para derribarla: no he hecho poner fuego á Monasterio alguno; pero casi todos ellos se hallan assolados, y saqueados por mi pluma, y por mi boca: ya se dice públicamente, que yo solo, sin violencia, he causado mas mal al Papa, que le hubiera podido hacer Rey alguno con todas las fuerzas de su Reyno.* Estos son los grandes milagros de Lutero. Sus discipulos admiraban la valentia de este destruidor, y saqueador de Monasterios, sin reflexionar, que esta formidable fuerza podia ser la del Angel, á quien San Juan llama *exterminador.*

Despues de esto, tomaba ya Lutero un tono tan alto, como de Profera, contra los que se oponian á su doctrina: y habiendoles advertido, que debian someterse á él, y á ella, al fin les amenazaba con hacer oracion contra ellos; y assi, decia: *Mis oraciones no serán un rayo de Salmonéo*, ni un va-*

M 2

* De este Salmonéo, soberbio Rey de Elida, se lee, que no contento con la Real Dignidad se fiagió Dios; y fulminaba rayos, atemorizando á sus Vasallos con los truenos, que simu-

la-

Frid. Duc.
Elect. & ill.
7. fol. 507.
509.

Apoc. 9. 11.

XXXI.

Lutero hace de el Profeta: promete destruir al Papa en un momento, sin permitir se tomen las Armas.

Epist. ad
Geor.

Geor. Dur. no mormureo procedido en el ayre : no se detiene assi
Sax. tit. 2. la voz de Lutero, y yo deseo, que V. A. no lo experi-
fol. 491. mente en su daño. En estos tan osados terminos es-
cribia á un Principe de la casa de Saxonia; y pro-
seguia diciendo : *Mi oracion es un invencible baluar-
te, mas poderosa que el mismo Demonio. Si no fuera
por ella, mucho tiempo ha que no se hablaria de Lu-
tero; y no es digno de maravillarse un milagro tan
grande.* Quando amenazaba á alguna persona con los
juicios de Dios, no queria se creyese que lo hacia
como un hombre, que solo tubiesse de ellos noti-
cias generales; pues segun su estilo se pudiera decir,
aunque con error, que él leía los Decretos Eternos.
Oíasele hablar con tanta seguridad de la proxima
ruina del Pontificado, ó Dignidad Pontificia, que
los suyos ya no la dudaban. En su Partido, solo
sobre su palabra se tenia por cosa cierta, que habia
dos Anticristos, y que estaban claramente expressos
en las Santas Escrituras, los quales eran el Papa, y
el Turco. Este estaba ya al caer, y los esfuerzos
que él hacia entonces en la Ungría, eran el ultimo
acto de la tragedia. En quanto al Pontificado, era
inminente la ruina, y apenas le concedia dos
años de vida; pero sobre todo prevenia abstenerse
de las armas en una obra tan grande. De este modo
habló mientras se consideró debil: y prohibia en
la causa de su Evangelio toda otra qualquier espa-
da, ó arma, que la de la palabra. El Reyno Papal,
segun el decia, habia de caer repentinamente al so-
plo de Jesu-Christo; esto es, por la predicación de
Lutero por medio de un altissimo puente de Bronce, sobre el
qual hacia que corriessen sus grandes carrozas, disparando ha-
chas encendidas para contrahacer los rayos. Pero que irritado
Jupiter le disparó uno verdadero, con que le precipitó al Infer-
no. Assi, Lutero no menos altivo, que hypocrita, intentaba
se creyese, que sus oraciones producian rayos verdaderos,
y no fingidos, como los de Salmoréon, á quien imitó Lutero
en ser verdaderamente precipitado á los Infernos.

Astr. Art.
damm. tit. 2.
fol. 118. ad
propos. 33. Ad
l. Amb. Ca-
thar. ibid. f.
161. Contr.
Henr. Reg.
Anglo. ibid.
331. O seq.
Sleid. l. 4.
70. 14. 225.
51. 216.

Lutero. Daniel en su sentir estaba expresso en ellas.
San Pablo no permitia dudarlos; y Lutero, su Inter-
prete, assi lo afirmaba. Aun al presente se recurre á
esta especie de profecias; y el fatal pessimo suc-
ceso de las de Lutero, no embaraza á los Minis-
tros Protestantes la necedad de atreverse á profetir
otras semejantes. Mas como se conoce el genio de los
Pueblos, les conviene siempre hechizarles por los mis-
mos caminos, y medios. Assi estas profecias de Lute-
ro se ven todavia en sus escritos para eterno testimo-
nio, contra los que tan ligera, y ciegamente las han
creído. Sleidano, su Historiador, y sequáz, las refiere
con seria formalidad, empleando al exponerlas toda
la elegancia de su estilo, y toda la pureza de su culto
idioma, para representarnos una pintura la mas su-
cia, la mas baxa, la mas vil, y la mas ignominiosa que
hubo jamás, con que Lutero habia llenado á toda
la Alemania; y sin embargo, si creemos al mismo
Sleidano, era ella una *imagen profetica*. Demás de esto
se veía ya el cumplimiento de muchas profecias de Lutero,
y las demás estaban aun en las manos de Dios, en sentir
de este iluso Autor. Pero no fue solo el Pueblo quien
consideró á Lutero como á Profeta, pues las per-
sonas reputadas por doctas en su Partido, le pública-
ban como tal. Felipe Melancton, que al principio
de sus disputas se alistó baxo de su disciplina, y
fue el mas capaz, no menos que el mas celoso de
sus Discipulos, se dexó al principio persuadir de tal
manera, de que en este hombre habia alguna cosa
extraordinaria, y profetica, que permaneció mucho
tiempo sin poder salir de el engaño, sin embar-
go de todos los defectos, que cada día iba descu-
biendo, y notaba en su Maestro. Assi escribió á
Erasmus, hablando de Lutero: *Ya sabes que es conve-
niente experimentar, y no despreciar las profecias.*

Entre tanto este nuevo Profeta se dexaba lle-
var, y se precipitaba en excessos inauditos: todo
lo atropellaba, y sacaba fuera de los terminos de la

Melanct. Lib.
3. Epist. 65.
XXXVI.
Las vanas
jaftancias de
Lutero, y
le

el desprecio, que hace de todos los SS. PP. y Doctores.

razon, pues los Profetas, á su parecer, con orden, y mandato de Dios, hacian terribles investivas. En summa, vino á hacerse el mas violento de todos los hombres y el mas fecundo en palabras injuriosas, é impias. Porque San Pablo, segun él, para el bien de los hombres habia revelado su ministerio, y los dones de Dios en sí mismo, con toda la confianza que le subministraba la verdad manifiesta, que Dios protegía de lo alto con milagros. Y assi hablaba Lutero de sí mismo con un modo, que hacia salir los colores al rostro, y avergonzar á todos sus amigos. Sin embargo, ya se habian habituado á ello los oidos, y todo se llamaba magnanimidad. Engañados admiraban *la santa ostentacion, las santas jaéncias, y las santas vanaglorias* de Lutero: el mismo Calvino las llamaba assi, aunque estaba irritado contra él.

2. Defens. cont. Vesp. opusc. f. 788.

Vanamente inflado de su saber, aunque en la substancia era mediano, pero grande para aquellos tiempos, y mayor de lo que se requeria para su salvacion, y para la quietud de la Iglesia, se juzgaba superior á todos los hombres, no solo á los de su tiempo, si tambien á los mas célebres, é ilustres de los siglos passados.

Assi en la questão sobre el libre alvedrio le oponia Erasmo el consentimiento universal de los Padres, y de toda la antigüedad; pero Lutero le decia: *Esso va bien; exageranos, y elogianos los antiguos Padres, y fiate en sus discursos, despues de haber visto, que todos juntos han omitido el sentir de San Pablo, y sumergidos en el carnal sentido, se han atenido á él, como de intento, muy distantes de este hermoso astro de la mañana, ó por mejor decir, de este Sol.* Y tambien: *¡O qué maravilla! que Dios haya dexado todas las Iglesias mayores ir por sus caminos, pues habia dexado en otro tiempo caminar por ellos á todas las Naciones de la tierra. ¡Qué consequencia! Pregunto, si Dios abandonó á los Gentiles á la ceguedad de*

De Serv. Arb. t. fol. 480. &c. Ibid. 438.

Ibid. 438.

su corazón, acaso se sigue que abandone tambien á ella á las Iglesias, que sacó de esa ceguedad con tan vigilante cuidado. No obstante, esto es lo que dice Lutero en su libro del *Sieruo alvedrio*: y lo mas digno de reflexion en este punto es, que en lo defendido allí por él, *no solo contra todos los Padres, y todas las Iglesias*, si tambien contra todos los hombres, y contra la comun voz del genero humano; esto es, que el libre alvedrio totalmente es nada, (como veremos despues) es Lutero abandonado con desprecio por todos sus discipulos, y aun por la confession de Augusta: lo qual hace conocer claramente á quantos grandes excessos se propassó su heretica temeridad, habiendo tratado con un menosprecio tan injurioso, assi á los Santos Padres, y Doctores, como á las Iglesias, en un punto de tanta entidad, y en que era tan manifiesta su sinrazon, y error impio. Los elogios, y alabanzas que aquellos Santos Doctores, con voz, y consentimiento comun, dieron á la continencia, en vez de moverle, por su maligna disposicion, le hacen rebelde, y obstinado. San Geronimo es tan intolerable para él, por haber elogiado esta excelente virtud. Y decide temerariamente, que éste, y todos los demás Santos Padres, que practicaron tantas, y tan santas mortificaciones por conservarla inviolable, hubieran procedido mejor, si se hubiessen casado. No se explica menos violento, y disparado sobre los demás asuntos. Finalmente, en todo y por todo, los Padres, los Pontifices, los Concilios generales, y particulares, si no concuerdan con su sentir, para él son nada. De todo, y de todos queda él libre con oponerles la Santa Escritura, explicada á su antojo y capricho, como si antes de él hubiera estado ignorada la misma Santa Escritura, ó los Santos Padres, que la conservaron, y estudiaron con tan piadosa religiosidad, hubieran omitido, y aun despreciado la verdadera inteligencia de ella.

XXXIII.
Bufonadas, y
ridículas ex-
travagancias
de Lutero.
*Luib. Adversf.
Papac. tit. 7.
fol. 451. &
seq.*

Ve ahí el lamentable estado á que había llegado Lutero. De aquella summa modestia que había professado al principio, passó á tantos excesos, y errores impios. ¿Qué diré de las bufonadas, no menos indignas, y viles, que escandalosas, con que había llenado sus escritos? Yo me alegrara, que uno de sus parciales sequaces se tomase el trabajo de leer un solo discurso, compuesto por el dichosso Lutero en tiempo de Paulo III. contra la Dignidad Pontificia. Estoy cierto que se avergonzaria en considerar á Lutero, pues en él hallaria por todas partes, no diré solo furoros, y colericas iras, sino frios é insulsos equívocos, indignas y viles bufonadas, é impurezas, aun de las mas rústicas, y sucias, y de las que no se oyen salir, sino de las bocas de los mas baxos sugetos de la plebe; pues dice: *El Papa está tan lleno de demonios, que los escupe con la saliba, y los echa por las narices al sonarse.* Mas demos la ultima mano á todo lo que Lutero no se avergonzó de repetir muchissimas veces. Dime, ¿acaso es este discurso y modo de un reformador? ¿Pero se llega á tratar de el Pontífice? Solo con oír su nombre se enfurecia con indecible ira, y rabia diabolica, sin ser ya dueño de sí mismo. ¿Pero me atreveré yo á referir la continuacion de esta insensata, y necia invectiva? Ello es forzoso, sin embargo de los horrores que me ocasiona, para que se vea, y conozca de una vez quales eran las infernales furias, que posecian á esta infeliz cabeza de la nueva Reforma. Ea, violentémonos á copiar aquí estas insolentes, necias, é indignas palabras, que dirige al Summo Pontífice, al Vicario de Jesu-Christo, al Vice-Dios. Dice pues: *Mi Pablito, mi Pontificillo, mi asnillo, ve despacio, mira que bay bielas, y te quebrarás una pierna: te mancharás, te echarás á perder, y dirán: ¿Qué diablos es esto? ¿Cómo se ha ensuciado el Pontificillo?* Perdonadme, lectores Católicos, el que yo pronuncie, y escriba unas irre-

irreverencias, tan enormes, é insolentes. Perdonadme tambien vosotros, ó Luteranos ciegos, y á lo menos sacad provecho, y fruto de vuestra vergonzosa ignominia. Pero precedidas estas idéas, y conceptos tan asquerosos, ya es tiempo de ver los mas bellos lugares, y passages, los quales consisten en los siguientes indignos juegos de palabras: *Cælestissimus, scelestissimus, sanctissimus, Satanismus.* Esto es lo que se encuentra en cada linea. ¿Mas qué dirémos de esta hermosa figura? *Un asno sabe que es asno, una piedra sabe que ella es piedra; y estos asnos papalinos no saben que ellos son asnos.* Pero recelando, que quizá se dixesse de él otro tanto, procura evadir la objecion, diciendo: *Y el Papa no puede tenerme, ni reputarme por asno, pues sabe muy bien, que por la bondad de Dios, y por su gracia especial soy yo mas docto, y estoy mas instruido en la Escritura, que él, y todos sus asnos.* Continuemos en referir tan discretas, y excelentes expressions. Vé aquí el estilo elegante, que empieza ya á elevarse. Dice pues: *Si yo fuera Señor del Imperio, (¿adonde irá á dar con tan bello principio?)* Ya prosigue, diciendo: *Haria yo un mismo haz, ó fardo del Papa, y de los Cardenales, para arrojarlos á todos juntos en esse fossillo del mar de Toscana.* Este baño les curaria; *yo empeño mi palabra, y doy por fiador de ella á Jesu-Christo.* Dime, Lector, ¿no está bien empleado aquí el adorable Santissimo Nombre de Jesu-Christo? Callemos ya, basta: temblemos á vista de los terribles juicios de Dios, que para castigar, y corregir justissimamente nuestra altiva soberbia, ha permitido que unos tan torpes, y necios ímpetus, furoros, desórdenes, desenfrenos, é impiedades, tuviesen tal eficacia de seducción, y de error herético.

No digo nada de las sediciones, estafas, robos, y latrocinios que fueron el primer fruto de los Sermones, y predicaciones de este nuevo Evangelista, de

Tom. I.

N

to-

Ibid. 470.

475.

Ibid.

Ibid. 474.

XXXIV.

Sediciones,
y violencias
causadas por
Lutero.

de

De Serv. Arb.
fol. 43 r. &c.
Matth. 10.
34.

todo lo qual sacaba él todas sus jañtancias; fundan- do en esto su vanidad. Y assi decia él, y con él todos sus discipulos, entonces, y despues continúan en decirlo: El Evangelio siempre ha ocasionado turbacion- es, y para establecerlo es necessario derramar san- gre. Zuinglio decia lo mismo: Calvino se defiende de la misma manera: *Jesu-Christo*, decian todos ellos, *vino para poner la espada en el mundo*. O ciegos, que no veian, ó que no querian ver, qué especie de es- pada hubiesse puesto Jesu-Christo en el mundo, y qué especie de sangre queria se derramasse en él: Es cierto que los lobos, en medio de los quales en- viaba á sus discipulos, habian de derramar la sangre de sus inocentes ovejas; pero acaso habia dicho, que sus ovejas dexarian de ser ovejas, con el horrible exceso de formar seditiosas conspiraciones, y con derramar tambien en su vez en contracambio la sangre de los lobos? La espada de los perseguidores fue sacada contra sus Fieles; pero sus Fieles sacaban por ventura su espada, no digo para acometer á los perseguidores, pero ni aun para defenderse contra sus violencias? Mas breve; es cierto, que se excitaron sediciones contra los discipulos de Jesu-Christo; pero los discipulos de Jesu-Christo ninguna movieron, ni excitaron jamás por el espacio de 300. años de impla- cable cruel persecucion, pues el Evangelio les hacia modestos, pacíficos, y respetuosos para con las po- testades legítimas, aunque enemigas de la Fé del mismo Señor, y les llenaba de un verdadero zelo; pe- ro no de aquel zelo amargo, y lleno de acrimonia, que opone aspereza, y violencia contra aspereza, armas contra armas, y fuerzas contra fuerzas. Sean pues los Católicos, si quieren los contrarios, unos perseguidores injustos; pero los que se jañtan de re- formarles conforme al modelo de la Iglesia Apostóli- ca, debian empezar la Reforma armados de una in- vencible paciencia, como lo practicaron los Após-

Lib. 19. 113.
Lib. 24. Ep.
31. 47. pag.
2053. &c.

109

toles, y sus discipulos. Mas por el contrario, decia Erasmo; el qual vió hacer los principios de estos Re- formadores: yo les veía salir de sus predicaciones, ó Sermones *altivos, y fieros en el semblante, amenaza- dores en las miradas, como gentes que habian oido san- grientas, y crueles invectivas, y seditiosos discursos, ó expresiones*. Tambien se veia *este Pueblo Evangelico siempre pronto, y dispuesto á tomar las armas, no me- nos propio, y proposito para combatir, que para dispu- tar*. Puede ser que los Ministros de los Protestantes nos confiesen muy bien que los Sacerdotes de los Hebréos, y los de los ídolos daban lugar, y motivo á sátiras, no menos fuertes que los Sacerdotes de la Iglesia Romana, sean los que fuessen los colores con que ellos nos los pinten; pero quando se oyó, ni se vió jamás, que al salir de la predicacion de San Pa- blo, los que habia convertido este Eximio Apostol, procediessen á saquear, ni robar las casas de aque- llos sacrilegos Sacerdotes, como se vió tantas veces, que al salir de las predicaciones de Lutero, y de los Pretendidos Reformados; sus oyentes se disparaban con furor, é iban á saquear, y robar á todos los Ecle- siásticos, sin distincion alguna de los buenos, ni de los malos? Pero qué digo yo de los Sacerdotes de los ídolos? Los mismos ídolos en algun modo eran reservados por los Christianos. Por ventura se vió jamás en Epheso, ó en Corintho, donde todos los rin- cones estaban llenos de ellos, trastornar, ni derri- bar, ni aun solo uno de resultas de haber oido las predicaciones de San Pablo, y de los demás Apóstoles? Antes por el contrario, el Secretario de la Comunidad de Epheso dá testimonio á sus Ciu- dadanos, de que San Pablo, ni sus compañeros *no blasfemaban en manera alguna contra su Diosa*, lo qual es decir, que hablaban estos Santos Após- toles contra los falsos Dioses; pero sin excitar turbacion, ni tumulto alguno, y sin alterar de

Act. 19. 36.
37. Cum ergo
bis (Jovi, &
Diana) con-
tradici non
possit, opor-
tet vos seda-
tos esse, &
nihil temere
agere. Addu-
xistis enim
homines istos
neque sacrile-
gos, neque
blasphemant-
es deam ves-
tram.

ningun modo la tranquilidad pública. Y no obstante, lo que yo creo, es, que los ídolos de Júpiter, y de Venus eran no menos odiosos que las Imagenes de Jesu-Christo, de su Santissima Madre, y de sus Santos, arruinadas, y destruidas por estos impios Reformadores.



LIBRO II.

COMPREHENDE DESDE EL AÑO
1520. hasta el de 1529.

COMPENDIO.

VARIACIONES DE LUTERO sobre la transubstanciacion. Carlostadio empieza la contencion, y discordia Sacramentaria. Manifiestanse los Hereges Sacramentarios. Circunstancias de este rompimiento, y dissension. Rebelion de los Aldeanos, y Labradores, y el personage que en ella hizo Lutero. El escandaloso matrimonio de éste, de que él mismo, y sus amigos se avergonzaron. Sus excessos, y desenfrenos contra el libre alvedrío, y contra Henrique VIII. Rey de Inglaterra. Comparecen Zuinglio, y Ecolampadio. Los Sacramentarios prefieren la Doctrina Católica á la Luterana. Los Luteranos toman las armas, sin embargo de todas sus promessas. Melancton se halla turbado por esto. Se unen en Alemania baxo el nombre de Protestantes. Vanos proyectos de ajuste, y composicion entre Lutero, y Zuinglio. Conferencia de Marpourg.



El primer tratado en que Lutero dió á conocer bastantemente lo que él era, fue el de la cautividad de Babilonia, compuesto por él mismo en el año de 1520. En él rompió, prorrumpiendo altamente contra la Iglesia Romana, la qual acababa de condenarle: Y entre los dogmas con que él solicitó furiosamente arruinar los fundamentos de ella, fue uno de los prin-

I.
El libro de la cautividad de Babilonia. Pareceres varios de Lutero sobre la Santa Eucharistia, y la ansia que